

Homenaje de la Facultad de Ingeniería a Carlos Amaya Puerto

Eduardo Aldana Valdés

Octubre 13 de 2017

Me siento muy agradecido con Alfonso Reyes Alvarado, nuestro decano de la Facultad de Ingeniería, por concederme el privilegio de decir unas palabras en este homenaje que le rinde la Facultad a mi compañero y amigo de toda una vida Carlos José Amaya Puerto. La razón principal es que me permite reconocer una deuda que tengo con Carlos y que es necesario que esta Facultad y la Universidad incorporen a su corta pero fecunda historia.

Alvaro Salgado Farías fue el primer Decano, real no nominal de la Facultad, pues hubo otros antes que generosamente prestaron sus nombres para indicar su compromiso con la naciente entidad, en 1948, y con su decisión de cambiar el enfoque europeo de tener solamente una carrera de ingeniería por el norteamericano de varias ramas o especializaciones. Por esa razón, esos eminentes ingenieros figuraron en el primer catálogo de Uniandes como decanos de varias de esas ramas, hoy departamentos, de la actual Facultad.

Como decano el doctor Salgado organizó los primeros dos años comunes y coordinó con los departamentos de la Facultad de Artes y Ciencias los cursos que ellos ofrecerían a los estudiantes de ingeniería. Aunque todo eso parece natural en esta época, a mitad de los cincuenta era una verdadera novedad.

Más adelante, Alvaro Salgado, después de una visita a quienes estudiábamos en Illinois, recomendó que se me contratara por ser uno de los primeros que estaba cursando una maestría. Eso fue hacia junio de 1958 y a mi regreso, unos meses después, nos empeñamos en completar los estudios de ingeniería en Colombia. Para ello se empezó a contratar a jóvenes que habían cursado o estaban cursando estudios de postgrado en el exterior. Entre los primeros vinculados, recuerdo a Fernando Acosta, Alvaro Villaveces, Hernando Durán, Eduardo Bayona, Hernán Beltz, Germán Herrán, Fernando Navas y Enrique Devis.

Carlos Amaya fue también uno de ellos, pero su regreso tomó algún tiempo. Su excelente desempeño como estudiante en la Universidad de Pittsburgh, a donde había sido transferido, su calidad de candidato al doctorado y su posición como instructor, hacían difícil que cambiara un futuro promisorio por una aventura que muchos veían como descabellada.

Afortunadamente a principios de 1963 se produjo una chispa incendiaria. La empresa IBM de Colombia había decidido reemplazar dos computadores IBM 650 que tenía instalados en sendas empresas de Bogotá y Medellín por unos equipos más modernos. Alvaro Salgado, conocedor de esta decisión, visitó a las directivas de la entidad y las indujo de donar esos equipos a universidades en las dos ciudades y, para el caso de Bogotá, propuso obviamente que fuese a la Facultad de Ingeniería de Uniandes.

Por una coincidencia afortunada, el director asociado del Programa Inter-Americano en Ingeniería Civil de MIT nos visitó en esos días para dialogar sobre la vinculación de la Facultad al programa. Lo

enteramos de la posibilidad que teníamos de contar con un computador, le pareció que nos abría nuevas oportunidades y ofreció traer profesores del Instituto para dictar seminarios sobre el uso de los computadores en la práctica de la ingeniería. Ello requería, sin embargo, que la Facultad se comprometiera a instalar ese equipo antes de la iniciación del periodo de verano. Hubo que correr mucho y vencer obstáculos, pero nos ganamos varios premios: fuimos la primera universidad que instaló un computador en sus premisas en Colombia, aprendimos a usarlo para apoyar el trabajo cotidiano de los ingenieros, iniciamos una fructífera relación con MIT que fue un apoyo decisivo en el esfuerzo posterior de obtener una donación cuantiosa de la Fundación Ford, un préstamo blando del Banco Interamericano de Desarrollo, la cooperación técnica de los Países Bajos, el Consejo Británico y el Gobierno de Francia, y encontramos los argumentos para lograr que Carlos Amaya regresara al país, dirigiera el Departamento de Ingeniería Eléctrica y asumiera una responsabilidad central en el proyecto de expansión de la Facultad.

El grupo ya formado se amplió con otros exalumnos y profesionales distinguidos como Ricardo Rueda, Francisco Rodríguez, Luis Enrique Amaya Maldonado, Carlos Angulo, Gabriel Rueda, Francisco de Vengoechea, Guillermo Duque, Fabio Roberto González, José Darío Velásquez, Luis Enrique Amaya Isaza, José Ignacio Rengifo, Alfonso Rueda, Hector Prada y Laszlo Szekessy. Ese fue entonces el profesorado de la Facultad de Ingeniería que, acompañado por un puñado de profesores de cátedra, asumió la responsabilidad de realizar su expansión.

Y aquí viene el reconocimiento de mi deuda. Resulta que hacia final de esa década varios de los miembros de ese grupo decidimos que ya se habían logrado los objetivos buscados, que una buena Facultad de Ingeniería necesitaba investigadores, que estos se formaban al nivel doctoral y que por lo tanto viajaríamos a realizar dichos estudios. En consecuencia, dejamos el “trabajito” de acabar la construcción del edificio, la importación e instalación de los equipos de laboratorio y otros “pequeños detalles” a cargo de Carlos Amaya, como nuevo decano de la Facultad, y de Fernando Acosta, como su Vicedecano, y nos fuimos a aprender a investigar. Los actuales profesores de la Facultad que participaron en la construcción y dotación de éste, el actual edificio de la Facultad, saben bien que “el demonio se esconde en los detalles” y que sin la ardua tarea realizada por Amaya y Acosta hoy no tendríamos esta Facultad que tanto nos enorgullece.

De otra parte, a Carlos le correspondió ejercer la decanatura de la Facultad de Ingeniería durante una época de gran agitación política de los estudiantes y profesores de la Universidad. Fue un movimiento que se originó y regó por Europa y los Estados Unidos y que en los Andes cobró intensidad por la fugacidad en el ejercicio de la Rectoría, cargo que fue ocupado por una decena de distinguidas personalidades en los cinco años entre 1968 y 1972.

Afortunadamente la Facultad de Ingeniería, a pesar de su corta existencia, había logrado madurar y consolidarse bajo la dirección de Carlos Amaya y supo mantener buenas relaciones con sus estudiantes, algunos de los cuales lideraban el movimiento estudiantil. Ello le permitió servir de puente con los profesores y estudiantes de otras facultades y colaborar con la Universidad en la recuperación de su misión central de buscar la verdad y poner el conocimiento al servicio de todos, especialmente de los más vulnerables.

En junio de 1977, mientras la Universidad esperaba que el Rector designado tomara posesión, el Consejo Directivo nombro a Carlos Amaya como Vicerrector y lo encargó de la Rectoría. Su prudencia y gran conocimiento de la Universidad le permitieron evitar los traumatismos de la interinidad en la Rectoría de los Andes, de la que estuvo encargado en dos ocasiones en los siguientes dos años.

Es mi opinión que Carlos, uno de los ingenieros más integrales que he conocido, empezó a percibir que la administración al nivel de la rectoría lo estaba privando del ejercicio de su verdadera vocación: la docencia y combinada con el ejercicio profesional. La docencia la había realizado desde cuando se graduó en la Universidad de Pittsburgh y nunca la suspendió en Uniandes, a pesar de sus responsabilidades académicas, pero si debió reducirla cuando desempeñó la Rectoría. En cambio, el ejercicio profesional que practicó en una importante empresa norteamericana, mientras realizaba estudios de postgrado en los Estados Unidos, había tenido que dejarlo de lado. Por ese motivo, creo yo, se retiró de la Vicerrectoría en 1980 y regresó a la docencia de medio tiempo en la Facultad de Ingeniería y al trabajo profesional especializado en dos importantes empresas colombianas.

La vida profesional de Carlos Amaya tiene muchas otras facetas. Una que le admiro es su aprecio por sus antiguos alumnos y sus colegas y el apoyo a sus iniciativas. Eso lo ha impulsado a participar activamente en organizaciones profesionales y en la Asociación de Exalumnos de la Universidad, Uniandinos, de la cual ha sido su Presidente Nacional. También lo fue de la Asociación Colombiana de Facultades de Ingeniería. Una demostración clara de su interés en apoyar esas causas fue su vinculación por varios años a la Corporación Minuto de Dios para la creación de su Facultad de Ingeniería, de la cual fue Decano, y su sede en Soacha a la cual dirigió también por algunos años.

Pecaría por omisión grave si no mencionara la contribución de Ana María Mejía, la esposa de Carlos, a la construcción de la Facultad de Ingeniería. La grata amistad que ella nos ha brindado a sus profesores a lo largo de la vida y su generosa atención en las reuniones sociales en Choloma contribuyeron significativamente al buen éxito de esta aventura.

Apreciado Carlos:

Usted, como varios otros pilares de la historia uniandina, puede decir con el poeta Machado:

Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre [la] mar.

Nunca perseguí la gloria,
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;...

Los que conocemos sus realizaciones podemos decir que usted SI ha dejado una profunda huella en nuestros corazones y en esta querida entidad. Por ello reciba nuestras más sentidas gracias.